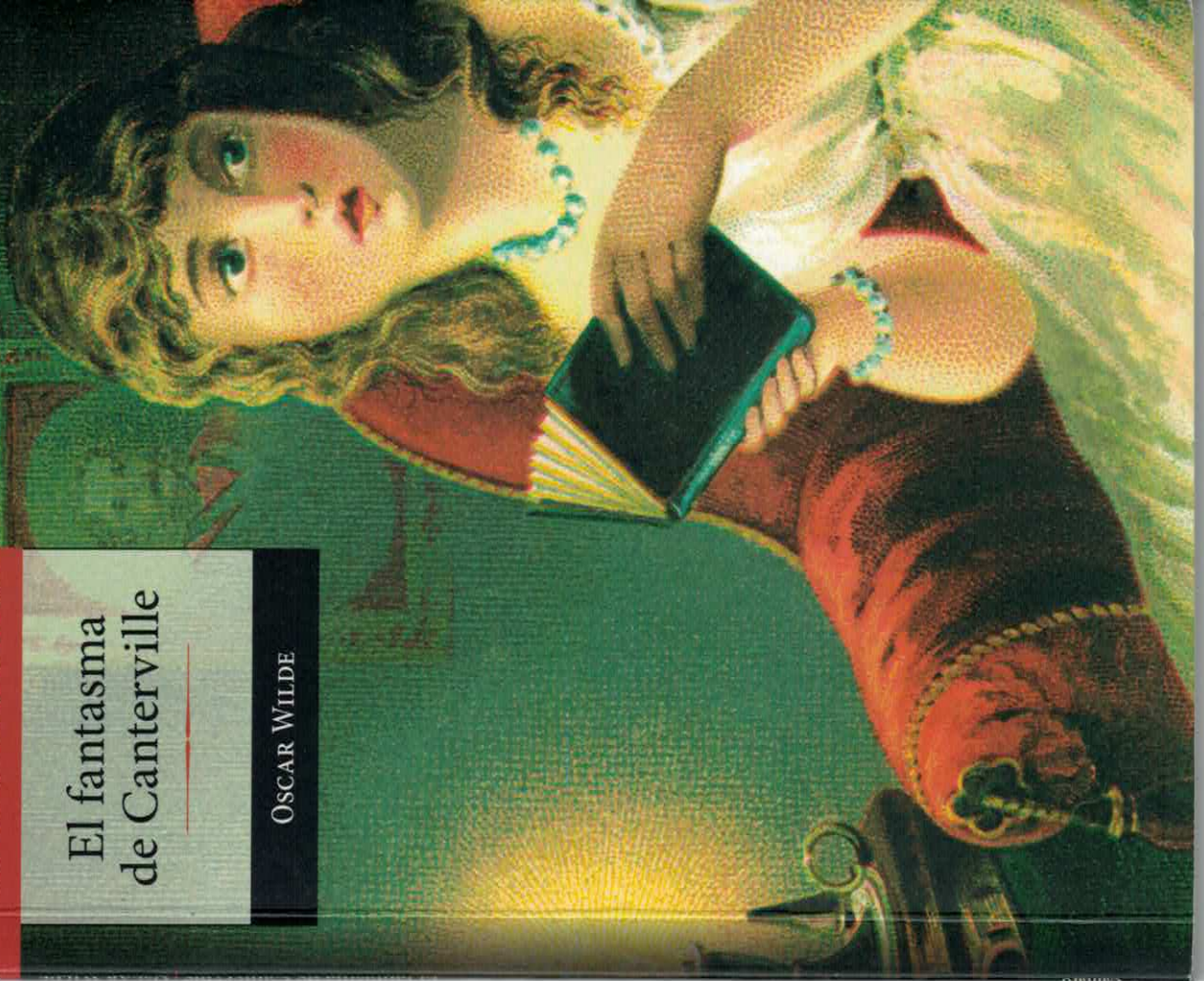


Cantaro

Colección del **MIRADOR**

El fantasma
de Canterville

OSCAR WILDE



Francisco
Prieto
Mirador
C. B.

Colectión del **MIRADOR**

El fantasma de Canterville

OSCAR WILDE

El fantasma de Canterville es un cuento que narra la historia de un fantasma que se muda a la casa de Canterville. El cuento es uno de los más famosos de Oscar Wilde, quien lo escribió en 1846. El cuento es un ejemplo de la literatura de terror y es muy popular entre los lectores de todos los tiempos.

El cuento comienza con la llegada de una familia a la casa de Canterville. La familia está formada por un padre, una madre y tres hijos. El padre es un hombre rico y poderoso, pero su esposa es una mujer débil y enfermiza. Los hijos son tres niños traviesos y misántropos.

La casa de Canterville es una casa antigua y oscura, que se dice que ha sido habitada por un fantasma durante siglos. La familia se muda a la casa y pronto se dan cuenta de que algo extraño está sucediendo. Los niños se burlan del fantasma y se comportan de manera desafiante.

El fantasma intenta asustar a la familia, pero los niños se burlan de él y se comportan de manera desafiante. El fantasma se frustra y se enfurece. Finalmente, el fantasma se da cuenta de que los niños no son como los otros fantasmas que él ha conocido. Los niños son humanos y se burlan de él.

El cuento termina con el fantasma huyendo de la casa de Canterville. El fantasma se da cuenta de que los niños no son como los otros fantasmas que él ha conocido. Los niños son humanos y se burlan de él. El fantasma se frustra y se enfurece. Finalmente, el fantasma se da cuenta de que los niños no son como los otros fantasmas que él ha conocido.

Cantaró

Edición de Cantaró, S.L. D. I. L. S. E. C. B. Cantaró, S.L. D. I. L. S. E. C. B.

Colección del
MIRADOR

Directora Editorial: Graciela Valle

Correctora: Amelia Rossi

Traductora: Mariela Ferreira Ghezzi

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Ilustrador: Rodrigo Luján

Diagramador: Mariano Gaitan

Coordinadora de imágenes y archivo: Samanta Méndez Galfaso

Tratamiento de imágenes y documentación: Máximo Giménez, Tania Meyer, Pamela Donadio

Imagen de tapa: Latinstock

Los contenidos de las secciones que integran esta obra han sido elaborados por Margarita Mostany de Wernicke y Silvina Matsimian

Wilde, Oscar

El fantasma de Canterville / Oscar Wilde. - 3a ed. - 6a reimp. - Boulogne : Cántaro, 2017.

64 p. ; 19 x 14 cm. - (Del mirador)

Traducción de: Mariela Ferreira Ghezzi.

ISBN 978-950-753-288-7

I. Narrativa Inglesa. I. Ferreira Ghezzi, Mariela, trad. II. Título. CDD 823

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2009

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-288-7

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotográfico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Tercera edición, sexta reimpresión.

Esta obra se terminó de imprimir en junio de 2017, en los talleres de IRAP Servicios Gráficos, Rosales 4288, Villa Lynch, San Martín, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Índice

Puertas de acceso

Receta para un fantasma

Sigamos algunas pistas

Los Estados Unidos contra Inglaterra

o "La guerra de dos mundos"

El fantasma de Canterville: ¿cuento largo o novela corta?

La obra: *El fantasma de Canterville*

Bibliografía

5

7

9

14

15

17

64

Indice

Las obras de Cervantes 11

o novela comica; 12

El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha 12

o La historia de los hechos de don Quixote de la Mancha 14

Los pastores de Argel 16

El galan de las uvas 17

Los baños de Argel 18

La fuerza del sacramento 19

Bibliografia

1. *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*. Ed. de la Real Academia de la Lengua. Madrid, 1941.

2. *Los pastores de Argel*. Ed. de la Real Academia de la Lengua. Madrid, 1941.

3. *El galan de las uvas*. Ed. de la Real Academia de la Lengua. Madrid, 1941.

4. *Los baños de Argel*. Ed. de la Real Academia de la Lengua. Madrid, 1941.

5. *La fuerza del sacramento*. Ed. de la Real Academia de la Lengua. Madrid, 1941.

El presente indice de las obras de Cervantes, segun el programa de la Real Academia de la Lengua, es el resultado de un trabajo de investigacion y de clasificacion que ha sido realizado por el Sr. D. Juan de Dios Fernandez de Cordoba, secretario de la Academia, y por el Sr. D. Juan de Dios Fernandez de Cordoba, secretario de la Academia, y por el Sr. D. Juan de Dios Fernandez de Cordoba, secretario de la Academia.

Madrid, 1941.

Puertas de acceso

Resumen para el lector

Las puertas de acceso a las obras de Cervantes, segun el programa de la Real Academia de la Lengua, son las que se abren a las obras de Cervantes, segun el programa de la Real Academia de la Lengua, y que se abren a las obras de Cervantes, segun el programa de la Real Academia de la Lengua.

5. Las puertas de acceso a las obras de Cervantes, segun el programa de la Real Academia de la Lengua, son las que se abren a las obras de Cervantes, segun el programa de la Real Academia de la Lengua, y que se abren a las obras de Cervantes, segun el programa de la Real Academia de la Lengua.

Las puertas de acceso a las obras de Cervantes, segun el programa de la Real Academia de la Lengua, son las que se abren a las obras de Cervantes, segun el programa de la Real Academia de la Lengua, y que se abren a las obras de Cervantes, segun el programa de la Real Academia de la Lengua.

Receta para un fantasma

Una leve corriente de aire que pasa junto a nuestro rostro, un crujido incierto atrás o, quizás, lamentaciones y risas que provienen quién sabe de dónde nos revelan la presencia de alguien que no vemos, pero presentimos: un fantasma.

Si a esto le agregamos una mansión inglesa medieval, corredores oscuros, puertas siniestras y leyendas sobre muertos que vuelven a la vida, tendremos como resultado el espanto y el escalofrío. Tal vez sea esta la receta de una verdadera historia de fantasmas en la Inglaterra de alrededor de 1900, pero definitivamente no es lo que nos ofrece Oscar Wilde en este relato.

Este autor británico nacido en Dublin (Irlanda), en 1854, imaginó para sus lectores un fantasma distinto: un alma errante y solitaria, que fracasa en sus intentos de asustar a los nuevos habitantes de la casa donde habita; un ser incomprendido y atrapado, desde hace siglos, en una húmeda habitación. En esta

situación, Oscar Wilde nos transmite su humor y su ternura: se ríe de los fantasmas, del miedo y de la muerte; pero se burla también de los ingleses, sus tradiciones y costumbres, según las cuales fue educado.

Siguiendo a Ramón Pérez de Ayala, podríamos decir que Oscar Wilde encarna el tipo característico de "niño malcriado o echado a perder", que comete diabluras y es adorado por sus irreverencias y desplantes, y luego desechado y criticado por imprudente y rebelde. De acuerdo con esta descripción de lo que fue una actitud constante de vida en Wilde, sus dardos van dirigidos con malevolencia a lo que los ingleses valoran tanto: su tradición, sus creencias y la "honorabilidad".

Estos ataques disfrazados de humor y chispas de afecto no podían quedar sin castigo, y los últimos años de Wilde —su permanencia en prisión por transgredir normas morales de la época y su posterior aislamiento— dan fe de que los tuvo que pagar bien caros. Como sostiene Arnold Hauser, Wilde es un escritor burgués triunfante mientras parece soportable a la clase dominante pero, tan pronto como comienza a disgustarla, es "liquidado" sin compasión.

No se puede dejar de mencionar la posición que adopta el entorno intelectual de la Inglaterra victoriana con respecto a Wilde. Existía, por una parte, una situación de bienestar y seguridad burguesas y, por otra, de amenazas, más o menos larvadas o patentes, de los estratos populares, que empezaban a hacerse escuchar. El arte oficial, académico, signo de mal gusto, se enfrenta con un esteticismo inconformista que tampoco comulga

1. Citado por Alfonso Sastre en "Retrato biográfico", en Wilde, Oscar. *Teatro*. Madrid, EDAE, 1982.

2 En *Historia social de la literatura y el arte*. México, Guadarrama, 1983.

3 Para más datos sobre la vida de Oscar Wilde, consulten el *Cuarto de herramientas*.

con los ideales revolucionarios, sino que se deslumbra con lo sensual, la belleza en sí misma, y gana rápidamente terreno entre los jóvenes rebeldes de la Universidad de Oxford, entre los que se encuentra nuestro autor.

Sigamos algunas pistas...

Oscar Wilde encarna este movimiento rebelde e inconformista de la época y elige, tanto para su oficio de escritor como para su vida personal, un recurso de doble juego: la ironía.

La ironía es ese tipo de burla o chiste disfrazado de lenguaje serio y formal; en las manos de Wilde, se convierte en un estilete que se clava profundamente en las entrañas de la sociedad inglesa y que le sirve, también, al escritor para escapar de las propias penurias. Se cuenta, por ejemplo, que en una ocasión el autor fue arrastrado hasta una colina y golpeado con brutalidad por unos compañeros de Oxford que, fastidiados por sus maneras extravagantes y exquisitas, o por la brillantez de sus respuestas, quisieron darle una lección. Cuando terminaron de pegarle, Wilde se levantó del suelo serenamente, se arregló el traje y el cabello y, mirando a lo lejos, dijo complacido: "Sin duda, es delicioso el paisaje desde esta colina".

La tendencia a la ironía, típica en nuestro autor, aparece en El fantasma de Canterville desde el principio. Al ser advertido el señor Otis, el comprador del castillo, sobre la inómoda presencia de un fantasma, contesta burlesco: "[...] me quedaré con los muebles y con el fantasma bajo inventario".

Se verá cómo, a lo largo de la narración, el recurso de la ironía es presentado a menudo en boca de la familia Otis, compuesta por personajes estadounidenses que sintetizan la crítica de Oscar Wilde al imperio inglés de fin de siglo. Como dice el señor Otis:

Provengo de un país moderno donde poseemos todo cuanto puede comprarse con dinero, y jóvenes vigorosos que recorren el viejo mundo en busca de diversión y privan a ustedes de sus mejores actores y primadonnas. Creo que, si existiese un fantasma en Europa, pronto se encontraría en uno de nuestros museos públicos, o lo exhibirían en cualquier espectáculo de feria.

Noten el tono de este americano que habla del fantasma con total incredulidad y que lo equipara a un bufón, un enano u otro personaje ridículo de circo o de feria, quitándole desde el inicio esa aureola de prestigio que tiene el fantasma de lord Canterville, perteneciente a la rancia nobleza de Inglaterra. "Los fantasmas no existen, y no creo que las leyes de la naturaleza admitan excepciones en favor de la aristocracia inglesa", agrega Mr. Otis.

El día de la llegada de la familia Otis al castillo, el ama de llaves se desmaya al oírse un fuerte trueno. La señora de Otis le pregunta a su marido: "[...] ¿qué podemos hacer con una mujer que se desmaya?" "Lo descontaremos de su salario", responde el señor Otis y nos muestra, otra vez, que la burla y la ironía del autor aparecen en las situaciones que usualmente provocan ansiedad o miedo, atacando de raíz el clima de horror y de muerte que pretende instaurarse en el castillo.

Esta herramienta exquisita en manos de un escritor sagaz e inteligente produce la desarticulación y posterior destrucción de la figura de un fantasma horroroso y macabro, y da paso a un alma en pena que vaga tristemente por el castillo buscando la ayuda y el amor de un ser humano para poder establecerse definitivamente entre los muertos. "Puedes abrirme las puertas de la casa de la Muerte, porque el Amor está siempre contigo, y el Amor es más fuerte que la Muerte".

Resulta sorprendente para nosotros, los lectores, enfrentarnos a este fantasma que no nos asusta, sino que provoca compasión. Recordemos el caso, por ejemplo, de Casper, el personaje de la película de Spielberg, que representa al fantasma de un niño que queda atrapado en la casa esperando que alguien descubra el invento de su padre, pues aquel lo regresará a la vida. Él también es un fantasma simpático, que logra atraer el interés de la hija del investigador; es un personaje dulce y divertido, y desmitifica el horror a los muertos que no pueden descansar en paz.

Por el contrario, en otra película muy conocida, *Los cazafantasmas*, dirigida por Iván Reitman, a pesar de la comicidad de los inventores y de las situaciones ridículas por las que pasan, los fantasmas se muestran siniestros y poderosos, provocando inquietud y miedo en el espectador. Aparecen imprevistamente; cambian de forma; sorprenden; asustan.

También el fantasma de lord Canterville se disfraza con trajes y accesorios que helarían la sangre de cualquiera que se encontrara con él.

[...] vio a un anciano de horrible aspecto. Sus ojos parecían brasas encendidas. El cabello largo de color gris mate le caía enmarañado sobre los hombros. Su ropa, que estaba sucia y raída, era de corte anticuado y de las muñecas y tobillos, pendían pesadas exposas y oxidados grilletes.

Pero sus atuendos son ridiculizados por la familia Otis. "Mi estimado señor —dijo el señor Otis—, siento tener que rogarle que engrase esas cadenas. Para ello, le he traído un frasco de lubricante *Sol Naciente*, de Tammany".

Lord Canterville utiliza los recursos propios de un fantasma, uno de los cuales ha sido explotado a través de la historia del cine y la literatura: la carcajada. No es la risa alegre que comparte con nosotros, es ese grito burlón que demuestra su poder

sobre nuestra vida, y que nos paraliza. Por supuesto que este elemento es usado irónicamente por Wilde: "Por consiguiente, lanzó la más horrible de las carcajadas hasta que el antiguo cielo-raso abovedado resonó una y otra vez". [...] "Me temo que no se encuentra usted bien, [...] por eso le he traído un frasco de tintura del doctor Dobell. Si se trata de una indigestión, podrá comprobar que es excelente remedio", señala la señora de Otis. La familia norteamericana no se desconcerta, no se asombra ni se acobarda ante nada. Al contrario, tiene un producto comercial o un remedio destinado a cada caso inexplicable: contra la mancha de sangre de la alfombra que no se puede botrar, contra el ruido de cadenas e, incluso, contra la diabólica carcajada. Todo tiene su solución, todo está bajo control. No hay aquí lugar para el horror o para la incertidumbre.

Wilde imita burlescamente estos elementos propios de un género literario muy popular en Inglaterra durante el siglo XIX: la *novela gótica*. Las obras que se agrupan con esta clasificación nos introducen en un mundo oscuro y siniestro, donde abundan los fantasmas, castillos, muertos que reaparecen, amas de llaves amenazadoras. Todos estos elementos surgen como expresión de lo demoníaco y lo irracional en medio de los ideales de armonía clásica, decoro público, industrialización y urbanismo de la época. Algunas obras de este período son *El castillo de Otranto*, de Horace Walpole; *Frankenstein*, de Mary Shelley; *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë; *La caída de la casa Usher*, de Edgar Allan Poe.

Oscar Wilde toma algunos ingredientes de la novela gótica, por ejemplo, la ambientación. En este caso, la historia sucede en un castillo construido en la época medieval, oscuro, con habitaciones alejadas unas de otras, muebles imponentes y tapicerías misteriosas. La presencia de puertas disimuladas, altillos o

sótanos deshabitados permite la irrupción de lo desconocido o espectral en la vida cotidiana.

Al llegar a Canterville, la familia Otis es recibida por un cambio climático.

Era una hermosa tarde del mes de julio, y el aroma de los pinos perfumaba el aire. [...] Sin embargo, al ingresar en la alameda del castillo de Canterville, el cielo se cubrió de nubarrones, una extraña quietud pareció invadir el aire, una gran bandada de cuervos voló silenciosa por encima de sus cabezas y, antes de que llegaran al castillo, ya habían caído algunas gotas de lluvia.

Se produce, de esta manera, la entrada en un mundo "distinto", y cada vez que haga su aparición el fantasma, desde luego en el horario nocturno, la luna se verá oculta detrás de las nubes, habrá viento que se colará por las ventanas agitando cortinados, crujirán muebles y puertas, o los truenos y relámpagos provocarán en nosotros continuos sobresaltos.

No se puede dar de otra manera la introducción de lo siniestro en la obra. Incluso cuando Virginia, la bella hija del matrimonio Otis, acompaña al fantasma en su último viaje, debe internarse a través de un friso que conduce a una negra caverna. La entrada está flanqueada por tallas horribles de animales con colas de lagarto y ojos saltones, un viento frío y áspero absorbe a la muchacha, y esta se sumerge en el reino de lo oscuro, de la muerte, de lo inexplicable.

Hemos mencionado, anteriormente, el uso que hace el autor de elementos siniestros para transformarlos en ridículos, para burlarse de ellos o para desvalorizarlos, y así quitarles el poder. En esto consiste la parodia, en la degeneración o versión ridiculizada o cómica de un género serio para tornarlo manejable, cercano al lector. Por eso, el fantasma de Wilde no nos asusta:

perdió su poder esencial, porque es la versión desmitificada de un fantasma tradicional.

Los Estados Unidos contra Inglaterra o "La guerra de dos mundos"

Al describir al señor Otis, dice Oscar Wilde:

Posería una admirable naturaleza y una gran vitalidad. En realidad, era plenamente inglesa en muchos aspectos y constituía un excelente ejemplo de que, hoy en día, los ingleses y los norteamericanos lo tienen todo en común, con excepción, por supuesto, del idioma.

Conociendo a Wilde, podríamos traducir esta frase de la siguiente manera: "No hay nada común entre americanos e ingleses, excepto, naturalmente, el idioma... que tampoco es el mismo".

Su inteligente comentario apunta a lo que fue en él una actitud desafiante: a partir de un viaje que hizo a los Estados Unidos para dictar una serie de conferencias, consideró que los americanos eran ignorantes y poco refinados, tenían un pésimo gusto y carecían de una historia y tradiciones, que los legitimaran. Por supuesto, nunca se cuidó de ocultar esta apreciación ni de divulgarla a diestra y siniestra.

Los personajes de este relato encarnan esta polaridad que Oscar Wilde quiso mostrar en sus obras. Por un lado, la Inglaterra de fin de siglo XIX, gobernada por la reina Victoria, que dio nombre a un período (el victoriano) de un gran orden, rigidez, y al mismo tiempo, prejuicio y organización. Las tradiciones y costumbres del pueblo inglés empezaban, en este momento, a ser cuestionadas, por que el mundo cambia de forma acelerada. Por otro lado, allí están los Estados Unidos en pleno auge de adelantos y crecimiento. Sus habitantes profesan la fe del "sueño o ideal americano", creen en sí

mismos, en el trabajo y en los adelantos de la ciencia y la tecnología. Se sienten poderosos y se muestran, a menudo, ignorantes de costumbres ajenas a su cultura.

Oscar Wilde comulga con la postura inglesa. Sin embargo, utiliza la cosmovisión americana para reírse de sus propios ciudadanos.

El fantasma de Canterville: ¿cuento largo o novela corta?

El género narrativo agrupa aquellas obras que reúnen los siguientes elementos básicos:

- 1) Un hecho que se narra. Este hecho es realizado por personajes o les sucede a estos, y se enmarca en un determinado tiempo y lugar.
- 2) Un lector a quien se narra.
- 3) Un narrador que sirve de intermediario entre el hecho narrado y el lector.

El cuento es ficción narrativa, al igual que la novela, pero lo separan de ella importantes diferencias:

- La brevedad: el cuento es un relato en prosa cuya característica primera es que se puede leer "de un tirón".
 - En el cuento, se relata un hecho único, sin episodios laterales, porque lo más importante es que este fluya hasta llegar al final.
 - En el cuento, no se acumulan descripciones, ni personajes secundarios, ni tampoco caracterizaciones psicológicas desarrolladas.
- La novela, por su parte, es una narración literaria de mayor extensión, que presenta multiplicidad de hechos, diversidad de ambientes y de personajes, análisis psicológico o social de estos últimos, dilatación en el tiempo. En general, se divide en capítulos.

Si observamos la obra que presentamos en este volumen, surge en nosotros la siguiente pregunta: este relato ¿no es largo para incluirlo

en la categoría de "cuento"? Al estar dividido en partes indicadas por números, parecería una novela. Pero ¿lo es realmente?

El fantasma de Canterville puede caracterizarse como novela corta, es decir que participa de algunas particularidades del cuento, como la simplicidad de la línea argumental y la brevedad; pero también adquiere algunos elementos propios de la novela, como la separación en capítulos, las descripciones, historias secundarias apenas esbozadas, los diálogos. Lo mismo podría decirse de *El crimen de lord Arthur Savile*, otra de las obras de Wilde que da nombre a la colección de relatos donde se publicó por primera vez el que, en esta ocasión, nos ocupa.

El fantasma de Canterville

OSCAR WILDE

Título original: *The Canterville Ghost*
Traducción de Mariela Ferreira Ghezzi

be abipantí zú...
 muerter y...
 al el...
 I...

Cuando el ministro de los Estados Unidos, el señor Hiram B. Otis, compró el castillo de Canterville, todo el mundo le aseguró que cometía una solemne tontería, por cuanto no cabía la menor duda de que el lugar estaba encantado.

Hasta el mismo lord Canterville, hombre de la más acrisolada honorabilidad, cuando llegó el momento de discutir las condiciones, se creyó obligado a advertírsele.

—Nosotros mismos no hemos querido habitarlo —dijo el señor de Canterville— desde que la duquesa viuda de Bolton, tía de mis padres, en ocasión de estar vistiéndose para la comida, sufrió un grave ataque de nervios del que nunca llegó a reponerse, como resultado de la impresión sufrida al sentir sobre sus hombros dos manos de esqueleto. También me creo en el deber de decirle, señor Otis, que varias personas de mi actual familia han visto al fantasma con sus propios ojos, lo mismo que el rector de la parroquia, el reverendo Augusto Dampier, miembro de la real Universidad de Cambridge. Tras el lamentable incidente ocurrido a la duquesa, toda nuestra joven servidumbre se negó a continuar trabajando a nuestro servicio, y *lady* Canterville misma, muchas noches, se vio imposibilitada de conciliar el sueño a causa de los ruidos misteriosos que llegaban de la galería y del gabinete de lectura.

—Milord —respondió el ministro—, me quedaré con el mobiliaje y con el fantasma bajo inventario. Procedo de un país donde poseemos todo cuanto puede comprarse con dinero y,

1 Prestigiosa universidad inglesa, fundada en el siglo xv.

de Canterville
 El fantasma
 de Canterville

de Canterville



El fantasma de Canterville

con la flor de nuestros jóvenes que recorren en sus juergas el viejo mundo y privan a ustedes de sus mejores actrices y *primadonnas*, creo que si algo así como un fantasma existiese, pronto lo hubiéramos tenido en uno de nuestros museos públicos, o lo exhibirían en cualquier espectáculo de feria.

—Creo firmemente que el fantasma existe —dijo sonriendo el señor de Canterville—, aunque muy bien pudiera haber resistido a las ofertas de sus intrépidos empresarios. Se lo conoce desde hace tres siglos, mejor dicho, desde el año 1584 exactamente, y hace sus apariciones poco antes de la muerte de un miembro de la familia.

—Lo cual ocurre también con el médico, lord Canterville. Pero todo eso de los fantasmas es puro cuento, y no creo que las leyes de la naturaleza vayan a suspenderse en favor de la aristocracia inglesa.

—Bien se ve que son ustedes muy sencillos en América —respondió el señor de Canterville, que no acabó de comprender la última observación del señor Otis— pero dado que a usted no le molesta la presencia de un fantasma en su casa, no se hable más del asunto, aunque conste que ha sido advertido.

Pocas semanas después, se cerró el trato y, a fines de estación, el ministro se trasladó con su familia al castillo de Canterville.

La señora del ministro que, de soltera, o sea, como *miss* Lucrécia R. Tappan, de la calle 53, Oeste, había sido una célebre belleza neoyorquina, era aún una mujer de regular edad, de hermosos ojos y perfil soberbio.

Muchas damas americanas, al abandonar su patria, adoptan un aspecto de enfermas crónicas, suponiendo que ello es una forma de refinamiento europeo, pero la señora de Otis nunca incurrió en semejante error. Poseía una admirable constitución y una gran vivacidad sensual.

En una palabra, era completamente británica en muchos sentidos y constituía una buena prueba de que hoy en día todo es común entre ingleses y americanos, excepto, naturalmente, el idioma.

El hijo mayor, a quien sus padres habían bautizado con el nombre de Washington, en un momento de exaltación patriótica que él siempre deploró², era un muchacho rubio, bastante guapo, que había demostrado excepcionales cualidades para la diplomacia americana, por haber dirigido los bailes del casino de Newport durante tres temporadas consecutivas y, además, en Londres mismo tenía fama de buen bailarín.

Las gardenias y la nobleza constituían sus únicas debilidades. Fuera de esto, era un muchacho muy sensato.

Virginia E. Otis era una jovencita de quince años, esbelta y delicada como una gacela, con una dulce expresión de franqueza en sus hermosos ojos azules.

Era una excelente amazona y había vencido con su jaca a lord Bilton, al dar dos veces la vuelta al parque y llegar frente a la estatua de Aquiles con un cuerpo y medio de ventaja. Esto hizo las delicias del joven duquecito de Cheshire, que se le declaró en el acto, lo que obligó a sus tutores a enviarlo a Eton³ aquella misma noche, hecho un mar de lágrimas.

Después de Virginia, venían los gemelos, a quienes llamaban "Barras y Estrellas", pues vivían en constante agitación⁴. Eran unos muchachos divertidísimos y, con excepción del digno ministro, los únicos republicanos de la casa.

² Se alude a George Washington (1732-1799), primer presidente de los Estados Unidos desde su independencia de Inglaterra.

³ Instituto educativo, fundado en el siglo xv, que tuvo como estudiantes a gran número de aristócratas y gobernantes ingleses.

⁴ Con "Barras y Estrellas" se alude a la bandera estadounidense. Las *barras* representan los cincuenta estados actuales; y *las estrellas* blancas, cada uno de los estados originarios.

Como el castillo de Canterville distra siete millas de Ascot⁵, la estación más próxima, el señor Otis había telegrafiado pidiendo un coche para la llegada, al cual subieron todos y partieron en medio de la mayor alegría.

Era una deliciosa tarde del mes de julio, y el aire estaba deliciosamente impregnado con la esencia de los pinos.

De vez en cuando, se oía el dulce arrullo de las palomas torcaces, o aparecía entre los crujientes helechos la bruñida piqueta del faisán. Desde lo alto de las hayas, las ardillas atisbaban su paso; y los conejos, con el blanco rabillo en alto, huían veloces entre los matorrales o por los cerros cubiertos de verde musgo.

Sin embargo, al entrar en la avenida de Canterville, densos nubarrones cubrieron repentinamente el cielo, una extraña quietud invadió la atmósfera, una bandada de cornejas cruzó rauda sobre sus cabezas y, antes de que llegasen al castillo, habían caído gruesas gotas de lluvia.

De pie, sobre los peldaños, los esperaba una anciana pulcra-mente vestida de seda negra, con cofia y delantal blancos. Era la señora Umney, el ama de llaves, que la esposa del ministro, a instancia reiterada de *lady* Canterville, había consentido en conservar en su puesto. Hizo a todos una profunda reverencia y, con ceremonias de una época lejana, dijo:

—Los señores sean bienvenidos al castillo de Canterville.

La siguieron, atravesaron la magnífica sala de estilo Tudor⁶ y entraron en el salón de lectura y biblioteca, que era una habitación larga, de bajo techo, con friso de negro roble y una amplia ventana con vidrios de colores.

⁵ Ascot es una localidad de Berkshire, Inglaterra, famosa por las carreras de caballos que se celebran allí.

⁶ Estilo arquitectónico que se desarrolla en Inglaterra entre 1485 y 1558, época de los primeros reyes de la dinastía Tudor y, particularmente, durante el reinado de Isabel I.

Allí encontraron listo el té.

Después de quitarse los abrigos, se sentaron a la mesa, mirando con curiosidad en torno de sí, mientras la señora Umney les servía.

De pronto, la senora de Otis se fijó en una oscura mancha roja que había en el suelo, junto a la chimenea y, completamente ajena a lo que pudiera ser, dijo a la señora Umney:

—Me temo que se ha vertido algo aquí.

—Sí, señora —respondió la vieja ama de llaves en voz baja—, se ha vertido sangre.

—¡Qué horror! —exclamó la señora de Otis—. No me gusta ver manchas de sangre en un salón. Hay que limpiarla en seguida.

La anciana ama sonrió y dijo con el mismo tono misterioso de voz:

—Es la sangre de *lady* Leonor de Canterville, asesinada en este mismo sitio por su propio esposo, lord Simón de Canterville, en 1575. Lord Simón la sobrevivió nueve años y desapareció de repente en circunstancias sumamente misteriosas. Su cuerpo no ha sido descubierto nunca, y su espíritu maligno vaga errante por el castillo. La mancha de sangre ha sido muy admirada por turistas y demás personas, y no es posible hacerla desaparecer.

—Todo eso son tonterías —exclamó Washington Otis—. El quitamanchas *Campeón* y el detergente *Ideal*, de Pinkerton, la limpiarán en un segundo.

Y, antes de que la aterrada ama de llaves pudiera intervenir, el joven había caído de rodillas y estaba limpiando el suelo con una barrita de algo semejante a un negro cosmético.

Después de un momento, no quedó ni rastro de la mancha de sangre.

—Ya sabía yo que el *Pinkerton* no fallaría —exclamó, triunfante, y volvió la mirada hacia su orgullosa familia.

Apenas hubo terminado de pronunciar estas palabras, cuando un formidable relámpago iluminó la sombría sala, el fragor

de un trueno los hizo incorporarse asustados, y la señora Umney se desvaneció.

—Querido Hiram —exclamó la señora de Otis—, ¿qué podemos hacer con una mujer que se desmaya?

—Lo descontaremos de su salario —contestó el ministro—. Así no volverá a desmayarse.

Y al instante, en efecto, la señora Umney volvió en sí. Sin embargo, no podía negarse que se hallaba muy sobresaltada, y aconsejó solemnemente al señor Otis que se precaviese, pues era seguro que alguna grave calamidad habría de ocurrir en la casa.

—Señor —dijo—, he visto cosas que le harían erizar el pelo a cualquier cristiano y muchas, muchas cosas, no he podido pegar los ojos debido a los horrores que aquí suceden.

Pero el señor Otis y su esposa tranquilizaron a la buena mujer, asegurándole que no tenían ningún miedo a los fantasmas y, después de implorar la bendición de la Providencia para sus nuevos amos y de preparar el terreno para un aumento de salario, la vieja ama de llaves se dirigió hacia su habitación.

II

La tormenta rugió furiosamente toda aquella noche, pero nada digno de particular mención ocurrió.

A la mañana siguiente, cuando bajaron a desayunar, vieron otra vez la terrible mancha de sangre en el suelo.

—No creo que pueda ser culpa del detergente *Ideal* —dijo Washington—, pues lo he ensayado con todo. Tiene que ser el fantasma.

Frotó la mancha hasta limpiarla de nuevo, pero a la mañana siguiente, reapareció.

Al tercer día, estaba otra vez en el mismo sitio, a pesar de que, por la noche, el señor Otis había cerrado el salón de lectura y se había llevado consigo la llave.

Toda la familia se encontraba, ahora, vivamente interesada. El señor Otis comenzó a creer que había estado demasiado dogmático al negar la existencia de espíritus. Su señora expresó la intención de ingresar en una sociedad psíquica, y Washington preparó una larga carta a los señores Myers y Podmore sobre la permanencia de manchas sanguíneas en relación con el crimen.

Aquella noche, todas las dudas respecto de la existencia objetiva de aparecidos fueron desechadas para siempre.

El día había sido caluroso y radiante de sol y, en el fresco del atardecer, toda la familia salió a pasear en coche.

7 Hacia fines del siglo XIX, aparecieron en Inglaterra, Francia y España "Sociedades psíquicas" que analizaban la posibilidad de convocar a los espíritus, y también investigaban las alucinaciones, el hipnotismo, los casos de doble personalidad. Myers y Podmore fueron los autores de *Alucinaciones de los vivos*, una obra sobre alucinaciones telepáticas.

No regresaron a la casa hasta las nueve, hora en que cenaron ligeramente.

La conversación no versó en manera alguna sobre fantasmas, de modo que no existieron siquiera las circunstancias más elementales de predisposición que tan frecuentemente anteceden a la presentación de los fenómenos psíquicos.

Los asuntos discutidos, según he sabido después por el señor Otis, fueron sencillamente los habituales en la conversación ordinaria de los americanos de la clase culta, tales como la inmensa superioridad de *miss* Fanny Davenport sobre Sarah Bernhardt como actriz⁸; la dificultad de conseguir mazorcas de maíz tierno, tortas de trigo y harina de maíz, incluso, en las mejores casas inglesas; la importancia de Boston en el desarrollo del alma universal⁹; las ventajas del sistema de registros de equipajes en los viajes por ferrocarril; y la dulzura del acento neoyorquino comparado con el chapurreo londinense.

Ninguna mención se hizo respecto de lo sobrenatural, ni se aludió en modo alguno a lord Simón de Canterville.

A las once en punto, la familia entera se retiró a descansar, y media hora más tarde todas las luces se apagaron.

Al poco rato, se despertó el señor Otis ante un ruido extraño que sonaba en la galería, cerca de su habitación.

Era como un ruido de hierros, y cada momento parecía más cercano.

Saltó de la cama, encendió una cerilla y miró la hora.

Era la una en punto.

Encontrábase completamente tranquilo.

⁸ *Miss Fanny Davenport* (1850-1892) fue una actriz estadounidense famosa durante el decenio de 1880, pero no alcanzó la celebridad de la actriz francesa Sarah Bernhardt (1844-1923).

⁹ *Boston*, capital de Massachusetts, es una ciudad estadounidense en la que se desarrolla una importante actividad académica y cultural.

Se tomó el pulso y comprobó que no estaba en absoluto febril.

El extraño ruido continuaba, y con él percibíase ahora distintamente un rumor de pisadas.

Calzóse las zapatillas y, habiendo tomado de su estuche de viaje un pequeño frasco oblongo, abrió la puerta.

Frente a la entrada del cuarto, bajo la pálida luz de la luna, vio a un viejo de horrible aspecto.

Sus ojos eran cual rojas brasas. De un gris mate, sus largos cabellos, que caían enmarañados sobre sus hombros. Sus vestidos, que estaban sucios y raídos, eran de antiguo corte y, de sus muñecas y tobillos, pendían pesadas esposas y enmohecidos grilletes.

—Señor mío —dijo el señor Otis—, siento tener que rogarle que engrase esas cadenas. Para ello, le he traído un frasquito del lubricante *Sol Naciente*, de Tammany. Dicen que es completamente eficaz con la primera aplicación, y hay varios testimonios de ello en el prospecto, suscritos por nuestras más eminentes divinizades. Se lo dejaré aquí, junto a los candelabros y, si necesita más, tendría mucho gusto en proporcionárselo.

Con estas palabras, el ministro de los Estados Unidos colocó el frasco sobre una mesita de mármol y, tras cerrar la puerta, se retiró a descansar.

Durante un momento, el fantasma de Canterville permaneció inmóvil, presa de natural indignación.

En seguida, lanzó la botella violentamente contra el reluciente suelo y huyó por el corredor, articulando sordos gemidos y despidiendo una fantasmagórica luz verde.

Al llegar a la gran escalera de roble, una pequeña puerta se abrió de par en par, dos pequeñas figuras vestidas de blanco aparecieron, y una gran almohada pasó zumbando junto a su cabeza.

Evidentemente, no había tiempo que perder, de modo que, adoptando la cuarta dimensión del espacio como medio de escape,

desapareció a través del friso, y la casa quedó sumida en la mayor tranquilidad.

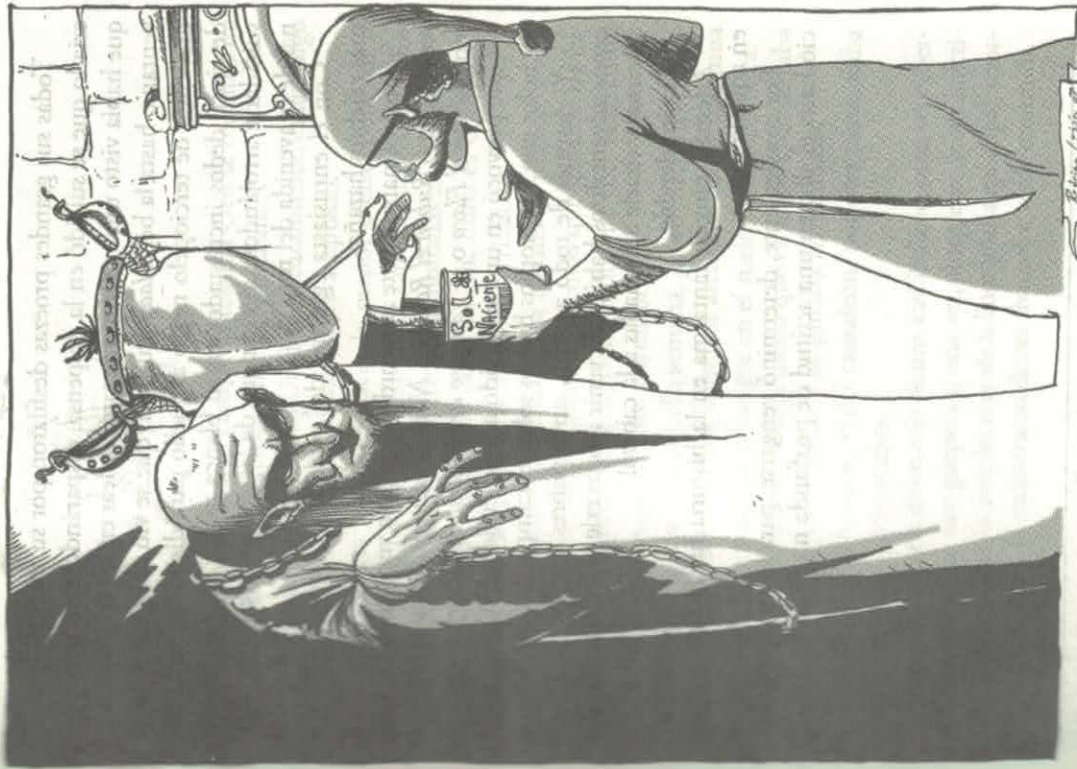
Al llegar a un pequeño cuarto secreto del ala izquierda, se apoyó sobre un rayo de luna para recobrar el aliento y se puso a considerar su situación.

Jamás, en una brillante e ininterrumpida carrera de trescientos años, se había sentido tan groseramente ultrajado.

Pensó en la duquesa viuda, que cayó medio muerta de espanto cuando se estaba mirando al espejo, cubierta con sus riquísimos encajes y diamantes; en las cuatro sirvientas que fueron presas de un ataque de histerismo solo porque, oculto tras los cortinajes de una de las alcobas reservadas a los invitados, había lanzado una escalofriante risa; en el rector de la parroquia, cuya vela apagó de un soplo una noche cuando, a una hora avanzada, volvía aquel del salón de lectura y que, desde entonces, víctima de desórdenes nerviosos, tuvo que ser confiado a los cuidados de sir William Gull; y en la anciana *madame* de Trémouillac que, al despertar una mañana temprano y ver junto al fuego, sentado en una butaca, a un esqueleto entretenido en leer el diario que ella llevaba de su vida, tuvo que quedar postrada en cama durante seis semanas, con un ataque de fiebre cerebral. Cuando se repuso, ella se reconcilió con la Iglesia e interrumpió sus relaciones con aquel famoso escéptico *monsieur* de Voltaire¹⁰.

Recordó la terrible noche en que el pérfido lord Canterville fue hallado medio ahogado en su alcoba, con la sota de oro atravesada en la garganta y cómo, poco antes de morir, confesó que había ganado a Carlos Jaime Fox 50.000 libras esterlinas en el círculo Crockford, haciendo trampa con aquella misma carta, y juró que el fantasma se la había hecho tragar.

10 Voltaire (1694-1778), escritor francés partidario de la libertad política y moral, fue un abierto enemigo de la Iglesia. Sus ideas tuvieron decisiva influencia sobre la Revolución Francesa.



—Señor mío—dijo el señor Otis—, siento tener que rogarle que engrase esas cadenas.

Todas sus grandes proezas desfilaron por su mente, desde el criado que se suicidó en la despensa, disparándose un tiro, por- que había visto una mano verde tamborilear en los cristales de la ventana, hasta la bella *lady* Stutfield, que se vio obligada a llevar una cinta de terciopelo negro al cuello para disimular la huella de cinco dedos incrustados en su blanca piel, y que acabó por suicidarse arrojándose al estanque de las carpas que había al fi- nal de la avenida del rey.

Con el entusiasta egoísmo del verdadero artista, evocó sus más célebres hazañas.

Sonrió amargamente al recordar la última vez que había apa- recido como *Rubén el Rojo* o el *Niño Estrangulado*, su *début*¹¹ co- mo *Gibeón el Flaco* o el *Vampiro del Páramo de Bexley*, y el *furo- re*¹² que provocó en un espléndido atardecer de junio, jugando a los bolos con sus propios huesos sobre el campo de *laun tennis*.

¡Y, después de todo aquello, unos pobres diablitos de ameri- canos advenedizos habían de venir a ofrecerle el lubricante *Sol Naciente* y tirarle almohadas a la cabeza!

Era intolerable.

Además, ningún fantasma en la historia había sido tratado en aquella forma.

Por consiguiente, determinó vengarse, para lo cual permane- ció hasta el alba en una actitud de profunda meditación.

III

A la mañana siguiente, cuando la familia Otis se reunió para desayunar, hablaron extensamente del fantasma.

El ministro de los Estados Unidos, naturalmente, estaba algo molesto, porque su regalo no había sido aceptado.

—No quisiera —dijo— hacer la menor ofensa personal al fantasma y comprendo que, después de tanto tiempo que ha ha- bitado en la casa, no está bien tirarle almohadas a la cabeza.

Al escuchar tan razonable observación, duro es confesarlo, los gemelos prorumpieron en estrepitosas risas.

—Por otra parte —continuó—, si insiste en negarse a em- plear el lubricante *Sol Naciente*, tendremos que quitarle las ca- denas. Sería completamente imposible dormir con semejantes ruidos en la galería, junto a los dormitorios.

Sin embargo, en toda aquella semana, no volvieron a ser mo- lestados, y la única cosa que llamó su atención fue la continua renovación de la mancha de sangre en el suelo de la biblioteca.

Esto era tanto más extraño, cuanto que el señor Otis cerraba siempre la puerta por la noche y aseguraba las ventanas.

El color, variable como el del camaleón, por otra parte, daba lugar a no pocos comentarios.

Unas mañanas era de un rojo oscuro, casi indiano, otras veces ber- mellón, otras de un rico púrpura y, una vez, al regresar de sus prácti- cas religiosas, según los simples ritos de la libre Iglesia episcopal, refor- mada, americana¹³, la encontraron de un vivo color verde esmeralda.

11. *Début*: primera actuación (en francés, en el original).

12. *Furore*: entusiasmo general (en italiano, en el original).

13. Buena acera de la abundancia de sectas de origen protestante que proliferan en los Estados Unidos.

Estos cambios caleidoscópicos, naturalmente, divertían mucho a todos, y se hacían atrevidas apuestas todas las mañanas.

La única persona que no participaba de las bromas era la pequeña Virginia, quien, por algún motivo inexplicable, siempre parecía muy afligida cuando veía la mancha de sangre y estuvo a punto de llorar la mañana en que la hallaron de color verde esmeralda.

La segunda aparición del fantasma fue en la noche de un domingo. Acababan de acostarse todos, cuando un terrible estrépito en el vestíbulo los hizo despertar sobresaltados.

Bajaron presurosos y vieron que una vieja y pesada armadura había sido arrancada de su pedestal y se había desplomado sobre el suelo de piedra, mientras, sentado en una butaca de alto respaldo, hallábase el fantasma de Canterville, con una expresión de aguda agonía en el rostro, restregándose las rodillas.

Los gemelos, que habían llevado consigo sus tiradores, en el acto le dispararon dos perdigonadas —con aquella actitud de puntería que solo puede adquirirse mediante un largo y concienzudo ejercicio contra un maestro de escuela—, mientras el ministro de los Estados Unidos le apuntaba con un revólver y, de acuerdo con la etiqueta californiana, le ordenaba: "¡Manos arriba!".

Irguióse de un salto el fantasma. Con un grito de rabia, se deslizó entre ellos, envolviéndolos como una neblina y, apagando la vela de Washington Otis, los dejó sumidos en la más completa oscuridad.

Al llegar a la escalera se repuso y decidió lanzar su famosa y escalofriante carcajada que, en más de una ocasión, le había sido de suma utilidad.

Decíase que había sido la causa de que, en una noche, encaneciese la peluca de lord Raker y de que tres institutrices francesas que tuvo *lady* Canterville se despidiesen sin avisar con la debida anticipación.

Por consiguiente, lanzó la más horrible de las carcajadas, hasta que las viejas bóvedas resonaron una y otra vez.

Pero apenas se extinguió el terrible eco, cuando una puertita se abrió de par en par y la señora de Otis salió vestida con una bata azul celeste.

—Me temo que no se encuentra usted bien —dijo—, por eso le he traído un frasco de tintura del doctor Dobell. Si se trata de una indigestión, hallará usted en él un excelente remedio.

El fantasma le lanzó una furibunda mirada y empezó a prepararse para convertirse en un enorme perro negro, hazaña que le había valido una justificada reputación, y a la cual el médico de la casa siempre atribuyó el permanente idiotismo del tío de lord Canterville, el honorable señor Tomás Horton.

Pero el ruido de unos pasos cercanos lo hizo desistir de su propósito, se contentó con volverse tenuemente fosforescente y desapareció, exhalando un lúgubre gemido, en el preciso instante en que los gemelos lo alcanzaban.

Al llegar a su cuarto, se desplomó, presa del más profundo abatimiento.

La vulgaridad de los gemelos y el grosero materialismo de la señora de Otis, desde luego, eran de lo más enojoso, pero lo que más lo afligió fue el no haber podido vestir la cota de mallá.

Tenía la esperanza de que hasta a aquellos americanos modernistas los asustaría la vista de un *Espectro en Armadura*, si no a causa de otro motivo, por lo menos debido al respeto a su poeta nacional Longfellow¹⁴, con cuya graciosa y amena poesía él mismo había pasado muchas horas muertas mientras los Canterville estaban en la ciudad.

Además, era su propia armadura. La había llevado con gran éxito en el torneo de Kenilworth, lo que le valió sinceras felicitaciones

¹⁴ Longfellow (1807-1882) fue el más popular de los poetas estadounidenses del siglo XIX. Aquí se alude a su poema "El esqueleto en su armadura".

nada menos que de la Reina Virgen¹⁵. Pero en cuanto se la puso, se sintió completamente abrumado por el peso de la enorme coraza y del yelmo de acero, y cayó pesadamente sobre las losas de piedra, despelándose ambas rodillas y magullándose los nudillos de la mano derecha.

Durante varios días estuvo muy enfermo y apenas si se movió de su cuarto, fuera de lo estrictamente indispensable para la renovación imprescindible de la mancha de sangre.

Pero por fin, cuidándose mucho, logró reponerse y decidió intentar, por tercera vez, asustar al ministro de los Estados Unidos y a su familia.

Para su aparición, eligió el viernes 17 de agosto.

Pasó casi todo el día rebuscando en su ropero hasta escoger, por último, un gran sombrero de ala levantada a un lado y caída al otro con una pluma roja; un blanco sudario, escotado en las muñecas y en el cuello; y un puñal enmohecido.

Al atardecer, un temporal se desencadenó, y el viento sopló con tal furia que todas las puertas y ventanas del castillo temblaron.

En una palabra, reinaba precisamente el tiempo que él adoraba. Su plan de batalla era el siguiente: iría con el mayor sigilo a la habitación de Washington y le musitaría, durante un rato, palabras incomprensibles desde los pies de la cama. De inmediato le clavaría, tres veces seguidas, el puñal en la garganta, al son de una música lenta.

Sentía por Washington un rencor singular, porque sabía que era él quien tenía la costumbre de hacer desaparecer la famosa mancha de sangre de Canterville por medio del detergente *Ideal* de Pinkerton.

Una vez reducido el insensato y temerario joven a un estado abyecto de terror, pasaría al cuarto ocupado por el ministro de

¹⁵ *Kenilworth* es una ciudad inglesa donde hay un castillo en el que el conde Leicester agasajó, en 1575, a la reina Isabel I de Inglaterra, llamada Reina Virgen porque no se casó.

los Estados Unidos y su esposa, y colocaría una mano viscosa en la frente de esta, mientras deslizaría en los aterrados oídos de su marido los secretos espeluznantes del osario.

Respecto de la pequeña Virginia, aún no tenía nada decidido. Nunca le había inferido la menor ofensa, y era buena y simpática. Unos cuantos gemidos exhalados desde el armario los creía más que suficientes o, si esto no bastaba para despertarla, la palparía por encima de la colcha con los dedos contraídos por la parálisis.

En cuanto a los gemelos, estaba decidido a darles una dura lección.

Lo primero que haría, por supuesto, sería sentarse sobre sus pechos, a fin de producirles la opresiva sensación de una pesadilla.

Luego, como sus camas se hallaban bastante cerca una de otra, se erguiría entre ambos, con la forma de un verdoso y helado cadáver, hasta que quedasen paralizados por el terror.

Por último, tiraría el sudario al suelo y andaría a gatitas por todo el cuarto, con huesos blanqueados por el tiempo y haciendo girar el globo de un ojo, en el papel de *Daniel el mudo* o el *Esqueleto del Suicida*, con el cual, en más de una ocasión, había producido un gran efecto, y que consideraba equivalente a su famosa interpretación de *Martín el maniaco* o el *Misterio enmascarado*.

A las diez y media, oyó que la familia se iba a la cama.

Durante algún tiempo, aún le molestaron los chillidos y risas de los gemelos, quienes, con la sana alegría de la edad, evidentemente se estaban divirtiendo antes de meterse en la cama; pero a las once y cuarto todo quedó tranquilo y, al sonar las doce, hizo su salida.

La lechuza chocaba contra los cristales de la ventana.

Graznaba el cuervo desde el añoso tejo, y el viento erraba quejumbroso alrededor de la casa, cual alma en pena.

Pero la familia Otis dormía ajena a su terrible destino y, por encima del ruido de la lluvia y de la tempestad, se oía el continuo roncar del ministro de los Estados Unidos.

Avanzó el fantasma cautelosamente fuera del friso, contrainda su boca cruel con una perversa sonrisa y, al pasar por delante de la amplia ventana ojival, que ostentaba, blasonadas con oro y azur, sus propias armas y las de su esposa asesinada, la luna ocultó su faz tras una nube.

Siguió avanzando, cual una sombra maligna, y hasta la misma oscuridad parecía maldecirlo al pasar.

Por un instante creyó que lo llamaban y se detuvo, pero era tan solo el aullido de un perro de la Granja Roja, y continuó su marcha, profiriendo extraños juramentos del siglo XVI y blandiendo, de vez en cuando, el mohoso puñal en el aura de la medianoche.

Por fin, llegó a la esquina del pasillo que conducía al cuarto del desventurado Washington.

Durante un momento se detuvo, mientras el viento agitaba sus largos y enmarañados cabellos grises y enroscaba en grotescos y fantásticos rizos el horror inexpressible de la macabra vestidura.

Luego, al sonar el cuarto de hora, creyó llegado el momento, se rió para sus adentros y dobló la esquina; pero, apenas lo hubo hecho cuando, con un lastimero lamento de terror, retrocedió, tapándose la descolorida cara con sus largas y huesudas manos.

Frente a él se alzaba un horroroso espectro, inmóvil, cual tallada imagen, y horrible como el sueño de un demente.

Su cabeza era calva y brillante; redonda, abultada y pálida su faz, y una risa monstruosa contraía sus facciones en una mueca eterna. Sus ojos emitían rayos de luz escarlata, su boca era un dilatado pozo de fuego, y una horrible vestidura igual a la suya enroscaba su silenciosa nieve alrededor de la figura del titán.

En el pecho ostentaba un cartel con una extraña escritura grabada en caracteres antiguos. Algo así como un título de oprobio, de seguro. Alguna inscripción de pecado, una lista de crímenes, quizás; y en la mano derecha, empuñaba una especie de cimitarra de reluciente acero.



Frente a él se alzaba un horroroso espectro, inmóvil, cual tallada imagen, y horrible como el sueño de un demente.

Como no había visto jamás un fantasma, era natural que sintiese miedo, de modo que, echando una segunda ojeada al horrible espectro, huyó desolado en dirección de su cuarto, tropezó al pisarse la larga mortaja y, por último, dejó caer el oxidado puñal en una de las grandes botas del ministro, donde a la mañana siguiente fue encontrado por un criado.

Ya en la soledad de su cuarto, se desplomó sobre un estrecho camastró y ocultó la cara entre las sábanas. Pero luego, el bravo espíritu del viejo Canterville se impuso y decidió volver, tan pronto como fuese de día, a donde estaba el terrible espectro para hablarle.

Y, en efecto, apenas la aurora empezó a vestir de plata las cimas de los cerros, volvió al sitio en que había visto la horrible aparición, pensando que, después de todo, dos fantasmas eran mejor que uno y que, con la ayuda de este nuevo amigo podría más fácilmente luchar contra los dos gemelos.

Pero al llegar al lugar, su vista tropezó con un terrible espectáculo.

No cabía duda de que algo le había ocurrido al espectro, por cuanto la luz había huido completamente de las vacías cuencas de sus ojos, la bruñida cimitarra se le había caído de la mano, y su cuerpo estaba apoyado en la pared, en una postura violenta e incómoda.

Avanzó presuroso y, tomándolo en sus brazos, quedó horrorizado al notar que la cabeza se le escapaba de las manos y rodaba por el suelo. Entonces vio que estaba agarrado a una blanca cortina de algodón, con una escoba y un cuchillo de cocina, mientras que, en el suelo, yacía una calabaza hueca.

No podía explicarse aquella extraña transformación; tomó el letrero con ansia febril y allí, en la grisácea claridad de la mañana, leyó las terribles palabras siguientes:

EL FANTASMA OTIS

Único espectro genuino y verdadero.

¡Desconfiad de las imitaciones!

Todos los demás son falsificados.

Toda la verdad cruzó veloz por su mente. ¡Había sido burlado, engañado, escarnecido!

El antiguo ardor del viejo Canterville fulguró en sus ojos, apretó con rabia sus desdentadas encías y, alzando sus manos descarnadas por encima de la cabeza, juró, con la pintoresca fraseología de la antigua escuela, que tan pronto como *chanticleer*¹⁶ sonase su alegre cuerno dos veces seguidas, correrían ríos de sangre, y el Crimen se pasaría por todas partes con silenciosos pasos.

Apenas hubo pronunciado el terrible juramento cuando, desde el rojo tejado de una casa lejana, cantó un gallo.

Lanzó el fantasma una larga carcajada, sorda y amarga, y esperó. Hora tras hora esperó, pero el gallo, por algún motivo inexplicable, no volvió a cantar.

Por fin, a las siete y media, la llegada de las sirvientas lo hizo renunciar a su tenebrosa vela y emprendió el regreso, majestuoso y altivo, pensando en su vano desecho y frustrado propósito.

Una vez allí, consultó varios libros antiguos de caballería andante, a los cuales era muy aficionado, y comprobó que en cuantas ocasiones había pronunciado aquel juramento, *chanticleer* no había nunca dejado de cantar por segunda vez.

—¡Caiga la maldición sobre el rebelde pájaro! —exclamó—. En otro tiempo, le hubiera atravesado el pescuezo con mi poderosa lanza y lo hubiera obligado a cantar hasta morir.

En seguida, se retiró a un cómodo féretro de plomo y allí permaneció hasta la noche.

¹⁶ *Chanticleer* es el nombre de un gallo que aparece en el cuento "El capellán de la mortaja", del autor inglés Geoffrey Chaucer (1340-1400). Su característica es la palabrería vacía de sentido, similar a la del juramento del fantasma.

de terciopelo negro y tuvo buen cuidado de engrasar las cadenas con el lubricante *Sol Naciente*.
He de reconocer que sintió no poca repugnancia antes de decidirse a adoptar este último medio de protección. Pero al fin, una noche, mientras la familia cenaba, deslizo en la alcoba del señor Otis y se llevó el frasco.

Al principio se sintió algo humillado pero luego, tuvo el suficiente sentido para reconocer que era un gran invento y que, hasta cierto punto, servía para su propósito.

Pero a pesar de todo, no dejó de ser molesto.
Continuamente se tendían cuerdas a través de la galería, con las cuales tropezaba en la oscuridad y, en una ocasión en que iba vestido para el papel de *Isaac el Negro* o el *Cazador de la Selva de Hogley*, sufrió una grave caída al pisar sobre una resbaladiza capa de jabón con que los gemelos habían untado el suelo desde la sala de los Tapices hasta la escalera de roble.

Esa última afrenta lo indignó tanto, que se decidió a intentar un supremo esfuerzo para recuperar su dignidad y posición social, y determinó visitar a los descarados muchachos etonianos en su célebre disfraz de *Ruperto el Temerario* o el *Conde Descabezado*.

No había aparecido en semejante disfraz desde hacía más de setenta años; o sea desde que, valido de tal medio, dio tan terrible susto a la hermosa *lady Bárbara Modish*, que esta rompió repentinamente sus relaciones con el abuelo del actual lord Canterville y, después de declarar que nada en el mundo la haría entrar en una familia que permitía a un fantasma tan horrible pasearse por la terraza al atardecer, se escapó a los prados de Gretna¹⁷ con el guapo Juanito Castleton.

¹⁷ *Gretna Green*: pueblo de Escocia próximo a la frontera con Inglaterra, donde se celebraron numerosos matrimonios sin consentimiento paterno, que era requisito indispensable para la ley inglesa.

Al día siguiente, el fantasma se sintió muy débil y cansado. La tremenda excitación sufrida durante las últimas semanas comenzaba a surtir sus efectos.

Tenía los nervios destrozados y se sobresaltaba ante el menor ruido. Por fin, después de permanecer cinco días encerrado en su cuarto, decidió renunciar a la cuestión de la mancha de sangre de la biblioteca.

Puesto que la familia Otis no la quería, era evidente que no la merecían.

Decididamente, se trataba de gente que pertenecía a un plano de existencia, incapaces por completo de apreciar el valor simbólico de los fenómenos efectivos.

La cuestión de las apariciones fantasmagóricas y el desenvolvimiento de los cuerpos astrales ya era otra cosa, independiente en absoluto de su propia voluntad.

Era su deber inexorable aparecer en la galería una vez por semana y farfullar desde la gran ventana el primero y el tercer miércoles de cada mes, y no veía la manera de poder eludir dignamente esta obligación.

Es verdad que había sido muy malo en vida, pero en cambio, era muy escrupuloso en todo lo concerniente a lo sobrenatural.

Por tanto, los tres sábados siguientes, vagó por la galería, según costumbre, entre medianoche y las tres de la madrugada, aunque no sin tomar todas las precauciones posibles para no ser visto ni oído.

Se quitaba las botas y pisaba lo más suavemente posible sobre el viejo y carcomido entarimado. Llevaba una amplia capa

El pobre Juanito fue muerto de un tiro en duelo con lord Canterville en el concejo de Wandsworth y lady Bárbara murió de pena en los Pozos de Turnbrigia antes de finalizar el año; de modo que fue un gran éxito en todos los aspectos.

Pero era una difícil y complicada *toilette*¹⁸ —si me es permitido emplear esta expresión de teatro en relación con uno de los más grandes misterios de lo sobrenatural o, dicho más científicamente, del mundo ultrafísico—, ocupó tres largas horas en sus preparativos.

Todo estuvo por fin dispuesto, y quedó muy satisfecho de su apariencia.

Las grandes botas de montar, que iban con el traje, desde luego le quedaban un poco grandes y, además, solo pudo hallar una de las dos pistolas de arzón; pero a pesar de esto, quedó bastante complacido y, a la una y cuarto, salió fuera del friso y se deslizó por el pasillo.

Al llegar a la habitación ocupada por los gemelos, conocida, dicho sea de paso, como la Alcoba Azul, debido al color de sus cortinajes, encontró la puerta entornada.

Descosco de causar un gran efecto, la abrió de un tirón; en ese momento, recibió una ducha que lo caló hasta los huesos, y un pesado jarro pasó rozándole el hombro izquierdo.

Al mismo tiempo, oyó unas risas sofocadas que procedían de la elegante cama de estilo inglés antiguo.

La impresión que sufrió su sistema nervioso fue tan grande, que lo obligó a huir precipitadamente hacia su habitación.

Al día siguiente, tuvo que quedarse en cama con un fuerte resfriado.

18 Con *toilette* se refiere al maquillaje utilizado para la caracterización (en francés, en el original).

Su único consuelo fue que no había llevado consigo su cabeza pues, de lo contrario, las consecuencias hubieran podido ser fatales.

Desde entonces, renunció a toda esperanza de asustar a aquella grosera familia americana y se contentó, para no perder la costumbre, con deslizarse por la galería con unas zapatillas de pelo, una gruesa bufanda roja arrollada al cuello —por temor a las corrientes de aire—, y un pequeño arcabuz al brazo, para el caso de que fuese atacado por los gemelos.

El 19 de septiembre fue cuando recibió el golpe definitivo. Había bajado al gran vestíbulo de la entrada principal, en la creencia de que allí, al menos, no sería molestado, y se divertía haciendo irónicas observaciones sobre las grandes fotografías Saumont del ministro de los Estados Unidos y de su esposa, con las cuales habían sido sustituidos los cuadros con los retratos de la familia Canterville.

Iba sencilla, pero pulcramente vestido, con una larga mortaja salpicada de moho de cementerio, se había atado la quijada con un pedazo de lienzo amarillo y llevaba en la mano una pequeña linterna y un azadón de sepulturero. En una palabra, iba vestido para el papel de *Jonás sin Tumba* o el *Ladrón de Cadáveres de la Granja de Chertsey*, uno de sus más notables disfraces, que con tanto motivo debía recordar los Canterville, por ser la verdadera causa de la disputa de estos con su vecino lord Rufford.

Serían las dos y cuarto de la madrugada, y era de suponer que nadie se movía.

Pero al dirigirse a la biblioteca para ver si quedaba algún rastro de la mancha de sangre, surgieron repentinamente de un rincón oscuro dos figuras blancas que agitaban furiosamente los brazos en alto y le gritaban:

19 *Saumont* fue un famoso fotógrafo estadounidense, cuya cámara dejó testimonio de importantes personajes de la época, entre ellos, el del mismo Wilde.

—¡Buh! ¡Buh! Presa de un terror, muy justo en tales circunstancias, corrió hacia la escalera, pero se encontró con Washington Otis, que lo esperaba con la enorme manguera de regar el jardín y, al verse de tal modo sorprendido por sus enemigos y casi acorralado, se desvaneció por la gran estufa de hierro que, por fortuna para él, no estaba encendida. Deslizándose por humeros y chimeneas, llegó a su cuarto en un terrible estado de suciedad, desorden y desesperación.

Después de esto, no volvió a vérselo en ninguna expedición nocturna.

Los gemelos lo acecharon en distintas ocasiones, desparando todas las noches cáscaras de nueces por los pasillos, con gran disgusto de sus padres y de los criados, pero todo fue inútil.

Era evidente que sus sentimientos habían sido tan heridos que no quería volver a aparecer.

Por lo cual, el señor Otis reanudó su gran obra sobre la historia del partido democrático en la que había invertido varios años; la señora organizó una gira que asombró a todo el concejo; los muchachos se entretuvieron jugando a la pelota, al *enche* y al póquer²⁰, y a otros juegos americanos; y Virginia recorrió a caballo los alrededores en compañía del duquecito de Cheshire, que había ido a pasar la última semana de sus vacaciones al castillo.

Todo el mundo creía que el fantasma se había marchado, y el señor Otis escribió una larga carta a lord Canterville en la que se lo notificaba, a lo cual respondió este expresando su gran placer por la noticia y enviando su sincera enhorabuena a la digna esposa del ministro.

Pero la familia Otis se engañaba. El fantasma no había abandonado el castillo y, aunque enfermo y desvalido, no por eso estaba dispuesto a darse por vencido; sobre todo, después de en-

20 El *enche* y el *póquer* son juegos de naipes.

terano de que, entre los invitados, se encontraba el duquecito de Cheshire, cuyo tío, lord Francisco Stilton, en cierta ocasión, había apostado al coronel Carbury cien guineas a que jugaría a los dados con el fantasma de Canterville. A la mañana siguiente, lord Stilton fue hallado tendido en el suelo del salón de tresillo, en un estado tan grave de parálisis que, si bien llegó a alcanzar una avanzada edad, nunca pudo volver a decir otra cosa que:

—¡Doble seis!

El suceso se propagó entonces por toda la comarca aunque, como era natural, por respeto a los sentimientos de las dos nobles familias, se hizo todo lo posible por ocultarlo. Una narración completa con todos los detalles del incidente puede hallarse en el tercer tomo de las *Memorias del Príncipe Regente y de sus antepasados*, de lord Tattle.

El fantasma tenía, pues, verdadero interés en demostrar que no había perdido su influencia sobre los Stilton, con quienes, además, estaba emparentado debido al matrimonio en *segundas noces*²¹ de su prima con el señor de Bulkeley, ascendiente en línea recta —como todo el mundo sabe— de los actuales duques de Cheshire.

Por tanto, hizo sus preparativos para aparecerse ante el pequeño adorador de Virginia en su célebre interpretación de *El Monje Vampiro* o *El Benedictino Exangüe*, papel tan horrible, que cuando la anciana *lady* Startup lo vio, en la fatal víspera del primer día del año 1764, sufrió tan violenta apoplejía como resultado de la impresión sufrida, que falleció a los tres días, después de desheredar a los Canterville, sus más próximos parientes, y de legar toda su fortuna a su boticario de Londres.

Pero en el último momento, su terror hacia los gemelos le impidió abandonar su cuarto, y el duquecito durmió en paz bajo el dosel adornado de plumas, en la Alcoba Real, y soñó con Virginia.

21 *Segundas noces* significa "segundas nupcias" (en francés, en el original).

a hablarle—. Absolutamente absurdo. Tengo que arrastrar mis cadenas, gemir a través de las cerraduras y vagar durante la noche, si es eso lo que quieres decir. Es mi única razón de ser.

—Eso no es ninguna razón de ser, y no negará usted que ha sido muy malo. La señora Umney nos dijo el primer día que llegamos al castillo que usted había asesinado a su propia esposa.

—Bien, no lo niego —dijo el fantasma, jactancioso—, pero fue un asunto puramente familiar y a nadie más concernía.

—No se debe matar a nadie —dijo Virginia, que a veces tenía una dulce gravedad puritana heredada de algún lejano ascendiente de Nueva Inglaterra²².

—¡Oh, detesto la severidad barata de la ética abstracta! Mi mujer era feísima, nunca me almidonaba bien la gola y no sabía una palabra de cocina. Una vez, cacé un ciervo en el bosque de Hopley, un hermosísimo gamo, y ¿a que no aciertas cómo lo sirvió a la mesa? Pero para qué hablar más de ello, puesto que ya pasó todo, y no creo que por haber matado a mi esposa tuviesen razón sus hermanos para dejarme morir de hambre.

—¿Morir de hambre? ¡Oh, señor fantasma, digo, señor Simón, ¿tiene usted hambre? Tengo un emparedado en mi costurero. ¿Lo quiere usted?

—No, gracias, ahora ya no como nunca nada; pero de todos modos, eres muy amable y mucho más simpática que el resto de tu horrible, grosera, vulgar y deshonesto familia.

—¡Basta! —exclamó Virginia golpeando el suelo con el pie—. Es usted el vulgar, grosero y el horrible, y en cuanto a deshonestidad, bien sabe usted que me robó los colores de mi caja de

Pocos días después, Virginia, que había ido a caballo en compañía de su galán de pelo ensortijado a los prados de Brockley, se rasgó de tal manera su vestido al saltar un seto, que a su regreso se decidió a subir al castillo por la escalera de servicio, a fin de evitar ser vista.

Al pasar por delante de la Sala de los Tapices, cuya puerta estaba entornada, le pareció ver a alguien adentro y, suponiendo que sería la doncella de su madre, que a veces solía ir allí con su labor, entró para rogarle que le zurciese el vestido.

Pero ¡cuán grande habrá sido su sorpresa al encontrarse con el propio fantasma de Canterville!

Estaba allí, sentado junto a la ventana, miraba flotar en el aire el oro desprendido de los marchitos árboles y contemplaba absorto la frenética danza de las hojas secas a lo largo de la avenida.

Tenía la cabeza apoyada en una mano y su actitud era de profunda postración.

Tan deprimido era su aspecto, que Virginia, cuyo primer impulso fue correr a encerrarse en su cuarto, se sintió llena de piedad y decidió acercarse para prodigarle algún consuelo.

Tan suaves eran sus pisadas y tan honda la melancolía del fantasma, que este no advirtió su presencia hasta que la oyó hablar:

—Me causa usted mucha pena —dijo—, pero no tenga cuidado, mis hermanos se marchan a Eton mañana, de modo que, si usted se porta bien, nadie lo molestará.

—Es absurdo pretender que me porte bien —contestó el fantasma, mirando sorprendido a la hermosa niña que se aventuraba

²² *Puritano*: movimiento reformista de la Iglesia Anglicana iniciado en Inglaterra a fines del siglo XVI. Sus miembros intentaron imponer sus rígidos criterios morales y religiosos, y su vida disciplinada en toda Inglaterra. Descendieron la guerra civil en 1740. Su presencia en la vida inglesa se hizo intolerable, y fueron perseguidos. Entonces buscaron emigrar. La fundación de las primeras colonias estadounidenses se debe a esa emigración.

pinturas para restaurar aquella ridícula mancha de sangre de la biblioteca. Primero, se llevó usted todos los rojos, incluso el bet-mellón, y no pude pintar más puestas de sol; después, el verde esmeralda y el amarillo cromo, y, por último, no me dejó más que el índigo y el blanco de China, y no pude hacer más que claros de luna, cuya vista es tan deprimente, y que no son nada fáciles de pintar. Nunca le dije nada, a pesar de que me molestó bastante, y además todo ello era una ridícula farsa, porque ¿quién ha escuchado, alguna vez, hablar de sangre color verde esmeralda?

—Es cierto —dijo el fantasma con cierta humildad—. Pero ¿qué iba a hacer? Es muy difícil en estos tiempos hallar sangre realmente pura, y como a tu hermano le dio por estorbármelo todo con su detergente *Ideal*, no vi ninguna razón que me impidiese tomar tus pinturas. En cuanto al color, siempre ha sido cuestión de gusto. Los Canterville, por ejemplo, tienen sangre azul, la más azul de toda Inglaterra, aunque ya sé que a ustedes, los americanos, estas cosas los tienen sin cuidado.

—No sabe usted una palabra de nada, y lo mejor que puede hacer es emigrar e instruirse. Mi padre tendría mucho gusto en proporcionarle un pasaje gratuito y, aunque existe un impuesto muy elevado sobre toda clase de espíritus, no hallará ninguna dificultad en la Aduana, pues los funcionarios son todos demócratas. Una vez en Nueva York, esté seguro de que tendrá un gran éxito. Conozco allá muchas personas que darían cien mil dólares por tener un abuelo y, mucho más, por tener un fantasma en la familia.

—No creo que me guste América.

—Será porque no tenemos ruinas ni curiosidades —dijo Virginia con ironía.

—¡Ruinas ni curiosidades! —contestó el fantasma—. Tenéis vuestra armada y vuestros modales.

—Usted lo pase bien. Voy a rogar a papá que les conceda una semana más de asueto a los gemelos.

—¡Por favor, no hagas tal cosa! —exclamó el fantasma—. Estoy tan solo y tan triste, que no sé lo que va a ser de mí. Quiéreme dormir y no puedo.

—¡Eso es absurdo. No tiene más que acostarse y apagar la luz. A veces es difícil permanecer despierto, sobre todo, en la iglesia, pero no hay ninguna dificultad en dormir. Hasta los niños de pecho saben hacerlo y no son muy listos.

—¡Hace trescientos años que no he dormido —dijo el fantasma con voz triste, y los ojos de la pequeña Virginia se abrieron con asombro—. Trescientos años que no he dormido y me siento tan cansado...

Virginia se puso muy seria y sus pequeños labios temblaron como pétalos de rosa.

Se arrodilló junto al fantasma y, alzando los ojos hacia la misteriosa luz, murmuró:

—¡Pobre, pobre fantasma! ¿No tiene usted dónde dormir?

—Allá, muy lejos, al otro lado de los pinos —contestó el fantasma con voz apagada y como en sueños—, existe un pequeño jardín. Allí la hierba crece verde y abundante. Allí las flores de la cebolla muestran sus grandes estrellas blancas. Allí el ruiseñor canta toda la noche. Toda la noche canta, y la fría luna de cristal mira hacia abajo, y el tejo extiende sus gigantes brazos sobre los durmientes...

Viéndose de lágrimas los ojos de la niña y hundiendo la cabeza entre sus manos murmuró:

—¡El Jardín de la Muerte!

—Sí, de la Muerte. ¡Debe de ser tan bella la Muerte! Yacer en la oscura y blanda tierra, con la hierba que se mece sobre nuestra cabeza, y escuchar el silencio... No tener más ayer ni más mañana. Olvidar el tiempo. Perdonar la vida. Yacer en paz. Tú puedes

abrirme las puertas de la casa de la Muerte, porque el Amor está siempre contigo, y el Amor es más fuerte que la Muerte²³.

Virginia tembló. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, y durante un momento reinó el silencio.

Le parecía hallarse en un terrible sueño.

Luego, el fantasma volvió a hablar, y el sonido de su voz era como el suspirar del viento.

—¿Has leído, alguna vez, la antigua profecía grabada en la ventana de la biblioteca?

—¡Oh, muchas veces! —exclamó la niña alzando los ojos—. Me la sé de memoria. Está escrita en extrañas letras negras y es muy difícil de leer. No tiene más que seis líneas:

*Cuando una joven rubia haga brotar
de los labios del pecado una oración;
cuando un niño inocente su llanto preste
y el estéril almendro fruto dé,
solo entonces habrá en la casa paz,
y al castillo la calma volverá.*

”Pero no sé lo que significa.

—Significa —dijo el tristemente— que tienes que llorar por mis pecados, porque yo no tengo lágrimas. Y orar por mi alma, porque yo no tengo fe. Y entonces, si siempre has sido buena, cariñosa y sencilla, el Ángel de la Muerte tendrá piedad de mí. Verás horribles sombras en la oscuridad, y voces perversas te murmurarán en los oídos. Pero no te harán daño, porque contra la pureza de una niña las fuerzas del Infierno no pueden prevalecer.

Virginia no respondió, y el fantasma se retorció las manos con salvaje desesperación, mientras miraba junto a él, pensativa y baja, la dorada cabecita de la niña.

23 “El Amor es más fuerte que la Muerte” es una frase bíblica (*Cantar de los Cantares* 8: 6, 7).



Hubo trecentos años que no he dormido —dijo el fantasma con voz triste, y los que de la pequeña Virginia se abrieron con asombro.

De pronto, se incorporó Virginia, con un extraño resplandor en los ojos.

—Seré fuerte —dijo con acento firme— y rogaré al Ángel que tenga misericordia de usted.

Con un débil grito de gozo, se levantó el fantasma de su asiento y, tomando la mano de la niña y haciendo una profunda reverencia con anticuada gracia, la llevó a sus labios.

Sus dedos estaban fríos como el hielo, y sus labios abrasaban como el fuego, pero Virginia no titubeó y se dejó conducir a través de la sombría sala.

Sobre la descolorida tapicería verde se veían bordados pequeños cazadores que soplaban sus adornadas trompas y, con sus diminutas manos, hacían señas a la niña para que retrocediese.

—¡Huye, Virginia, huye!

Pero el fantasma apretó su mano con fuerza, y ella cerró los ojos para no ver.

Horribles animales con colas de lagarto y ojos saltones le hacían guiños desde la tallada campana de la chimenea y le murmuraban:

—¡Cuidado, Virginia, cuidado! ¡Quién sabe si volveremos a verte! Pero el fantasma se deslizaba cada vez más veloz, y Virginia no los escuchaba.

Cuando llegaron al final de la sala, el fantasma se detuvo y musitó algunas palabras que ella no pudo comprender.

Entonces, abrió los ojos y vio que la pared se esfumaba lentamente como una neblina y que, en su lugar, aparecía una negra caverna.

Un viento frío y áspero sopló con fuerza, y la niña sintió que le tiraban del vestido.

—¡Pronto, pronto! —gritó el fantasma— o será demasiado tarde.

Y un segundo después, el friso se cerró tras ellos, y la Sala de los Tapices quedó desierta.

VI

Unos diez minutos después, la campana sonó anunciando el té, y como Virginia no bajaba al comedor, la señora de Otis mandó a un criado a buscarla.

Pronto volvió el sirviente sin haber podido hallar a la niña en parte alguna.

Como todas las mañanas acostumbraba salir al jardín a recoger flores para adornar la mesa, la señora de Otis no se alarmó al principio.

Pero cuando dieron las seis y Virginia no había aparecido, una gran agitación se apoderó de su madre, quien envió a los muchachos en su busca, mientras ella misma y el señor Otis recorrieron todos los rincones de la casa.

A las seis y media regresaron los muchachos sin haber podido encontrar ni a uno de sus hermanos en ninguna parte.

Hacia se hallaban presos de una viva excitación cuando, de repente, el señor Otis recordó que, pocos días antes, había dado permiso a una tribu de gitanos para acampar en el parque.

Inmediatamente se dirigió, en compañía de su hijo mayor y de dos criados de la granja, a las cuevas de Blackfell, donde sabía que debían hallarse.

El diquecito de Cheshire, loco de ansiedad, suplicó insistentemente que le permitieran acompañarlo, pero el señor Otis, temeroso de que pudiese haber lucha, no lo consintió.

Al llegar al lugar, vio que los gitanos se habían marchado, y que su partida había sido precipitada, pues el fuego ardía todavía y sobre la hierba quedaban algunos platos, olvidados sin duda.

Después de enviar a Washington y a los criados a escudriñar los alrededores, regresó al castillo y remitió telegramas a todos los comisarios de policía del condado, a quienes les pedía que buscasen a una niña que había sido raptada por unos gitanos o vagabundos.

Luego hizo que le trajesen su caballo y, después de aconsejar a su esposa e hijos que cenasen, emprendió la marcha por la carretera de Ascot, seguido de un lacayo.

Pero apenas hubo recorrido un par de millas, cuando oyó a sus espaldas el galope de un caballo y, al volver la cabeza, vio llegar en su jaca al duquecito, muy sofocado y sin sombrero.

—Le suplico me dispense, señor Otis —dijo con voz entrecortada—, pero no puedo probar bocado en tanto no aparezca Virginia. No se enfáde, se lo ruego. Si nos hubiese dejado comprometer el año pasado, no hubiese ocurrido nada de esto. ¿Verdad que no me hará usted volver? ¡No podría irme! ¡No me iría!

El ministro no pudo menos que sonreír al escuchar al pícaro mozo, cuya devoción por Virginia lo había afectado mucho. Se inclinó sobre su caballo y, dándole unos golpecitos en la espalda, dijo:

—Bien, Cecilio, bien. Si no quieres regresar, ¿qué le hemos de hacer? Tendré que dejarte venir conmigo pero, antes, habrá que comprarte un sombrero en Ascot.

—¡Oh, déjese de sombreros! Lo que hace falta es hallar a Virginia —exclamó el duquecito riendo.

Y ambos emprendieron el galope hacia la estación del ferrocarril. Allí el señor Otis preguntó al jefe si había visto en los andenes a una joven que respondía a las señas de Virginia, pero no pudo conseguir ninguna noticia de ella.

Sin embargo, el jefe de estación telegrafió a ambos lados de la línea y le prometió que ejercería una rigurosa vigilancia.

Después, el señor Otis compró un sombrero para el duquecito en una lencería cuyas puertas iban ya a cerrar, y ambos partieron

de nuevo hacia Bexley, un pueblecillo situado a unas cuatro millas que, según le habían dicho, era un lugar frecuentado por los gitanos, debido a hallarse cerca de una gran ciudad.

Allí hicieron despertar al policía rural, pero no consiguieron de él ninguna noticia y, después de recorrer toda la ciudad, volvieron grupos y emprendieron el regreso al castillo, al que llegaron casi creva de las once, muertos de cansancio y completamente descorazonados.

A la entrada, los aguardaban Washington y los gemelos, con sonrisas, pues la avenida estaba muy oscura.

—No se había encontrado ningún rastro de Virginia.

Los gitanos habían sido detenidos en las praderas de Brocbbey pero la niña no se hallaba con ellos y explicaron su repentina marcha diciendo que habían confundido la fecha de la feria de Chaston y habían partido precipitadamente por miedo de llegar tarde.

Se mostraron hondamente apenados al enterarse de la desaparición de Virginia, pues estaban muy agradecidos al señor Otis, porque les había permitido acampar en el parque, y cuatro de ellas se quedaron para ayudar en las pesquias.

Se rombió el estanco y se escudriñó todo el castillo sin resultado alguno.

Fra evidente que, al menos por aquella noche, Virginia estaba perdida para ellos; y el señor Otis y los muchachos, en un estado de profundo desaliento, penetraron en la finca, seguidos del lacayo con los dos caballos y la jaca.

En el vestibulo, encontraron a un grupo de sirvientes llenos de miedo.

La pobre señora de Otis, medio loca de dolor y de zozobra, se hallaba tendida en el sofá del gabinete de lectura mientras, a su lado, la vieja ama de llaves le humedecía la frente con agua de Colonia.

El señor Otis inmediatamente hizo que tomase algún alimento y ordenó que se sirviese la cena para todos los presentes. Fue una comida tristísima. Todo el mundo permaneció silencioso y hasta los gemelos, que profesaban un gran afecto a su hermana, estaban llenos de ansiedad y de tristeza.

Al terminar la comida, el señor Otis, tras vencer la tenaz resistencia del duquecito, ordenó que todo el mundo se acostase, diciendo que nada más podía hacerse aquella noche y que, a la mañana siguiente, telegrafiaría a Scotland Yard²⁴ para que enviasen inmediatamente algunos detectives.

Pero en el mismo instante en que abandonaban el comedor, empezaron a dar las doce en el reloj de la torre, y antes de que se hubiese extinguido el eco de la última campanada, se oyó un estrépito y un grito agudo.

Un trueno horrible sacudió toda la casa, y una música ultraterrena flotó por el aire.

Uno de los tableros del friso cedió con gran ruido y, en el espacio abierto, apareció Virginia, muy pálida y blanca, con una cajita en la mano.

En un instante, todos la rodearon.

La señora de Otis la estrechó con fuerza contra su pecho. El duquecito casi la asfixió con sus besos y los gemelos ejecutaron una salvaje danza guerrera alrededor del grupo.

—¡Hija mía! ¿Dónde has estado? —dijo el señor Otis con cierto enojo, creyendo que la niña les había gastado una broma pesada—. Cecilio y yo te hemos estado buscando por toda la comarca, y tu pobre madre por poco se muere de susto. Tienes que prométernos no volver a hacer esa clase de bromas.

—¡Excepto al fantasma! ¡Excepto al fantasma! —exclamaron los gemelos sin dejar de hacer cabriolas en torno del grupo.

²⁴ Scotland Yard es el nombre que se le da a la policía inglesa.

—Hija mía, gracias a Dios que te hemos encontrado. Ya no te separarás nunca más de mi lado —murmuró la señora Otis, mientras besaba a la temblorosa niña y le alisaba el oro de sus cabellos.

—Papá —dijo Virginia tranquilamente—, he estado con el fantasma. El pobre ha muerto ya, y quiero que vengan a verlo. Fue muy malo, pero se arrepintió sinceramente de todo lo que hizo y, antes de morir, me regaló este estuche de preciosas joyas.

Toda la familia, muda de asombro, la miró; pero ella permaneció grave y seria, y tras dar media vuelta, los guió a través de la abertura del friso y, luego, por un estrecho corredor secreto, alumbrados por Washington, que llevaba una vela encendida que había tomado de una mesa.

Por fin, llegaron a una gran puerta de roble, tachonada con enmohecidos clavos.

Al tocarla Virginia, la puerta giró sobre sus pesados goznes y todos se encontraron en una pequeña habitación de bajo y abovedado techo, con una ventana enrejada.

Empotrada en la pared, se veía una gruesa anilla de hierro y, encadenado a ella y tendido sobre el suelo de piedra, yacía un esqueleto, con los brazos extendidos, como si quisiera alcanzar, con sus largos y descarnados dedos, un trinchero y una jarra de forma anticuada, colocados a pocos centímetros fuera de su alcance.

La jarra, sin duda, había estado llena de agua hacía mucho tiempo, pues su interior estaba cubierto de una espesa capa de verdín y, sobre el plato, había un montón de polvo.

Virginia se arrodilló junto al esqueleto y, juntando sus manos, comenzó a orar en silencio, mientras el resto de los presentes contemplaban asombrados la horrible tragedia, cuyo secreto les era revelado ahora.

—¡Mirad! —exclamó de repente uno de los gemelos que había ido a asomarse a la ventana para ver en qué ala del edificio se

hallaba situada la sala—. ¡Mirad! El viejo almendro que parecía marchito ha florecido. Desde aquí, se pueden ver las flores a la luz de la luna.

—Dios lo ha perdonado —dijo Virginia nuevamente, mientras se incorporaba, iluminado el rostro por una luz bellísima.

—¡Eres un ángel! —exclamó el duquecito y, echándole los brazos al cuello, la besó.

VII

Cuatro días después de estos curiosos acontecimientos, un fúnebre cortejo salía del castillo de Canterville, a eso de las once y media de la noche.

Ocho negros caballos, empenachados con ondeantes plumas de avestruz, arrastraban el coche mortuorio, y un rico paño de color púrpura, con las armas de Canterville bordadas en oro, cubría el plúmbeo féretro.

A ambos lados del coche fúnebre y de las carrozas, marchaban los criados con antorchas encendidas, y toda la procesión producía un efecto grandioso e impresionante.

La comitiva era presidida por el propio lord Canterville, que había acudido especialmente desde Gales para asistir al entierro y que ocupaba con la pequeña Virginia el primero de los carruajes.

Atrás iban el ministro de los Estados Unidos y su esposa. Luego, Washington y los gemelos, mientras que la señora Umney ocupaba el último de los coches.

Todo el mundo creyó que, puesto que la vieja ama de llaves había pasado más de cincuenta años de su vida en continuo sobresalto a causa del fantasma, tenía derecho a asistir a sus últimos momentos.

En el rincón del cementerio, al pie del añoso tejo, había sido cavada una honda fosa, y el reverendo Augusto Dampier leyó el servicio fúnebre en forma emocionante.

Cuando la ceremonia concluyó, los criados —según una antigua costumbre observada en la familia Canterville— extinguieron sus antorchas.

En el momento de depositar el féretro en la sepultura, Virginia avanzó unos pasos y colocó encima una gran cruz hecha con flores de almendro, rosas y blancas.

En el mismo instante, la luna surgió de detrás de una nube e inundó con su silenciosa plata el pequeño cementerio.

Desde una fronda lejana, un ruiseñor empezó a cantar.

Virginia recordó entonces la descripción que el fantasma le había hecho del Jardín de la Muerte. Llenáronsele de lágrimas los ojos, y casi no pronunció una palabra durante el regreso.

Al día siguiente, antes de despedirse lord Canterville para regresar a la capital, el señor Otis tuvo una entrevista con él para tratar de las joyas que el fantasma había regalado a Virginia.

Eran verdaderamente soberbias, sobre todo, un collar de rubíes engastados en una antigua montura veneciana, una primorosa obra de artífices del siglo xvi. Su valor era tan grande, que el señor Otis sintió considerables escrúpulos en permitir a su hija aceptarlas.

—Milord —dijo—, sé que en este país los derechos de mayorazgo se refieren tanto a los bienes inmuebles como a las joyas, y no puede negarse que estos objetos formaban o deben formar parte del legado de su familia. Por tanto, tengo que rogarle que se los lleve con usted a Londres y los considere simplemente como parte de su propiedad recuperada en circunstancias muy extrañas. En cuanto a mi hija, no es más que una niña todavía, y celebro poder decir que no tiene ningún interés por semejantes fruterías de un lujo superfluo. Mi esposa, cuya autoridad en materia de arte me atrevería a decir que no es poca, debido a que cuando niña pasó varios inviernos en Boston, me informó que esas joyas tienen un valor enorme y que, en caso de ser vendidas, alcanzarían un elevadísimo precio. Por lo cual, lord Canterville, espero que usted comprenda que me es imposible permitir que permanezcan en poder de cualquier miembro de mi familia, además de que todos esos objetos y atributos de vanidad, por muy propios o

necesarios que puedan ser a la dignidad de la aristocracia inglesa, estarían fuera de lugar en manos de personas educadas según los principios austeros y, para mí, inmortales de la sencillez republicana. Tal vez me atreva a indicarle que Virginia desearía conservar el estuche en recuerdo de su desdichado antecesor. Como la cajita es muy vieja y está muy deteriorada, quizá se digne usted acceder a su deseo. Por mi parte, confieso que me sorprende mucho que un hijo mío exprese semejante interés por un objeto de la Edad Media, y lo único que me explica algo tal afición es que Virginia nació en un arrabal de Londres poco después de regresar mi esposa de un viaje a Atenas.

Lord Canterville escuchó tranquilamente el discurso del digno ministro, atusándose de cuando en cuando su bigote gris para ocultar una sonrisa involuntaria y, cuando el señor Otis terminó de hablar, le estrechó cordialmente la mano y dijo:

—Mi querido señor, su encantadora hija ha prestado un importantísimo servicio a mi desgraciado ascendiente, lord Simón. Tanto yo como toda mi familia le debemos mucha gratitud por su valor y entereza. Las joyas son completamente suyas, y creo que si yo cometiese la ingratitud de aceptarlas, el pérfido viejo no tardaría quince días en salir de su tumba para amargarme la existencia. En cuanto a que sean parte de los bienes de mayorazgo, es cosa imposible, porque para ello tendrían que figurar en el testamento o en cualquier otro documento legal. Le aseguro que tengo tanto derecho a ellas como su lacayo. Cuando la señorita Virginia sea mayor, seguramente se alegrará de tener cosas tan bellas con que adornarse. Además, acuérdesse, señor Otis, de que usted adquirió el mobiliaje y el fantasma bajo inventario, de modo que todos los bienes de este pasaron a ser propiedad suya, pues a pesar de toda la actividad que haya podido demostrar durante la noche por la galería, desde el punto de vista legal, el fantasma estaba muerto.

El señor Otis quedó muy contrariado ante la negativa de lord Canterville y le suplicó que reflexionase de nuevo sobre tal

decisión, pero el buen noble se mantuvo firme y, al fin, el ministro no tuvo más remedio que permitir a su hija conservar el regalo del fantasma. Y cuando en la primavera de 1890, la joven duquesa de Cheshire fue presentada a la Reina con motivo de su boda, sus joyas fueron causa de general admiración. Porque Virginia recibió la corona, que es el premio de todas las buenas jovencitas americanas, al casarse con su adorado tan pronto como tuvo la edad.

La joven pareja era tan simpática, y estaban tan enamorados uno de otro, que todo el mundo vio con agrado la boda, excepto la vieja marquesa de Dumbleton, que había tratado de atraer al duque para una de sus siete hijas. Con ese fin, había dado tres costosas comidas a efectos de conseguir atraérselo.

El señor Otis, aunque parecía extraño, tampoco veía con buenos ojos aquel casamiento, a pesar de que profesaba un gran afecto al duquecito, porque era enemigo de títulos y, usando sus propias palabras, "creía que una aristocracia amante de todo lo frívolo no era el medio más apropiado para la conservación de los sanos principios de la sencillez republicana". Pero al fin sus objeciones fueron vencidas y, al cruzar el atrio de la iglesia de San Jorge, en Hannover Square, dando el brazo a su hija, no había en todo el reino un hombre más orgulloso.

Terminada su luna de miel, los duques fueron a vivir a Canterville y, al día siguiente de su llegada, por la tarde, dieron un paseo hasta el lejano cementerio, situado al otro lado del pinar.

Al principio, tuvieron bastantes dificultades sobre la inscripción que pondrían en la losa que cubría la tumba de lord Simón; pero, por último, decidieron simplemente grabar en ella las iniciales del viejo noble y la profecía de la ventana de la biblioteca.

La duquesa, que había llevado un ramo de lindas rosas, las esparció sobre la tumba y, después de permanecer allí algún tiempo, ambos recorrieron las ruinas de la antigua abadía.

Allí la joven esposa se sentó sobre una columna caída, y su esposo se recostó a sus pies, fumando un cigarrillo y contemplando los ojos bellísimos de su mujer.

De repente, tiró el cigarrillo y, tomándole una mano, dijo a su esposa:

—Virginia, una mujer no debe tener ningún secreto con su marido.

—¿Tengo yo alguno contigo, Cecilio?

—Sí —murmuró él sonriendo—, nunca me has dicho lo que te ocurrió cuando estuviste con el fantasma.

—A nadie se lo he contado —dijo Virginia poniéndose seria.—Ya lo sé, pero a mí creo que podrías decírmelo.

—Cecilio, te ruego que no me lo preguntes. ¡Pobre lord Simón! En verdad, que le debo mucho. Sí, no te rías. Le debo mucho. Él me hizo ver lo que es la Vida y lo que significa la Muerte y por qué el Amor es más fuerte que los dos.

El duque se incorporó. Besó amorosamente a su esposa y dijo:

—Puedes guardar tu secreto, mientras yo tenga tu corazón.

—Siempre lo tuviste, Cecilio.

—Y se lo dirás algún día a nuestros hijos, ¿verdad?

Virginia se ruborizó.

Bibliografía

Para conocer episodios históricos y sociales de la época victoriana, durante la cual se desarrolla la vida de Oscar Wilde, pueden consultarse:

- Briggs, Asa. *Historia social de Inglaterra*. Madrid, Alianza, 1994.
- Cortés, Carmen. *La Inglaterra victoriana*. Madrid, Akal, 1985.

Para informarse sobre la vida de Oscar Wilde:

- De Villena, Luis Antonio. *Oscar Wilde*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- Harris, Frank. *Vida y confesiones de Oscar Wilde*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- Mei, Francesco. *Oscar Wilde*. Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1991.

Para recabar datos sobre la literatura inglesa de fines del siglo XIX:

- Autores Varios. *La literatura del siglo XIX. Las literaturas nacionales*. Buenos Aires, CEAL, 1968.

Para reconocer las características de los géneros cuento y novela:

- Rest, Jaime. *Novela, cuento, teatro, apogeo y crisis*. Buenos Aires, CEAL, 1971.

Para reconocer las características del género gótico y del fantástico:

- Jackson, Rosmary. *Fantasy. Literatura y subversión*. Buenos Aires, Cáta-
tálogos, 1986.

Para seguir leyendo a Oscar Wilde:

- *La importancia de ser Ernesto*. Buenos Aires, Cántaro, 2000.
- "El millonario modelo". En: *Cuentos requeridos I*. Buenos Aires, Cántaro, 2003.

Una t3pica familia norteamericana, los Otis, se instala en un viejo castillo, ubicado en la campiña inglesa. Son pr3cticos e incr3dulos. La leyenda del fantasma que habita el castillo los tiene sin cuidado.

Hasta que un d3a el fantasma irrumpe en sus vidas y hace lo imposible para alejarlos de sus dominios... El problema —su problema al menos— es que los Otis no creen en fantasmas.

Con este argumento, Oscar Wilde compone una brillante parodia de la novela g3tica, al tiempo que desliza sus agudas consideraciones sobre la naturaleza humana.

Escrito en 1887, *El fantasma de Canterville* se ha convertido en uno de los textos m3s frecuentados por los j3venes lectores, que hoy como ayer disfrutan de las desventuras del fantasma m3s amigable de las letras universales.

ISBN 978-950-753-288-7



9 789507 532887